MUNDO DE LIBROS

Las aventuras de Telémaco seguidas de las de Aristonoo

EDICIÓN DIGITAL

FRANÇOIS DE SALIGNAC DE LA MOTHE- FÉNELON

Vista previa gratuita - Mundo de Libros - tienda.mundodelibros.com

Las aventuras de Telémaco seguidas de las de Aristonoo

François de Salignac de La Mothe- Fénelon

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos, acudiendo al original francés para resolver las dudas.

* La ortografía del texto original ha sido modernizada de acuerdo con las normas publicadas en 2010 por la Real Academia Española. La puntuación también ha sufrido ligeros retoques para su modernización.

* Asimismo los nombres propios de persona y lugar de origen griego han sido modernizados según el uso actual de filólogos e historiadores.

* Las ilustraciones han sido desplazadas ligeramente para evitar interrumpir un párrafo.

* Se ha compilado y añadido un Índice de contenidos al final del volumen pese a que el original impreso no lo incluye.

* Las páginas en blanco y la «Lista de los señores suscriptores» han sido eliminadas.

AVENTURAS
DE
TELÉMACO

SEGUIDAS DE LAS DE ARISTONOO,

por Mr. Fenelón.

VALENCIA
LIBRERÍA DE
CASIANO MARIANA

AVENTURAS
DE
TELÉMACO

SEGUIDAS DE LAS DE ARISTONOO,

POR M. FENELÓN,

Y DE UN ENSAYO SOBRE LA VIDA Y OBRAS DEL MISMO AUTOR.

NUEVA TRADUCCIÓN CASTELLANA

por D. Mariano Antonio Collado, Magistrado cesante,

ilustrada con grabados

por D. Teodoro Blasco Soler, Director honorario de la Academia Nacional de San Luis de Zaragoza.

[Ilustración]

VALENCIA: 1843.

—

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA.

Esta obra es propiedad de los editores D. Casiano Mariana y D. Teodoro Blasco Soler, los que perseguirán ante la ley al que la reimprima sin su consentimiento.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT.

[Ilustración]

El Traductor.

La primera traducción que hice de esta obra y publiqué en 1832, tuvo por objeto no solo facilitar su lectura a las personas que careciesen del conocimiento de la lengua francesa, sino presentar su texto vertido literalmente en lo posible, a fin de que los que se dedicasen a aprender aquella tuviesen mayor facilidad para traducir con exactitud, sin incidir en la pésima locución que tan general se ha hecho para el vulgo de traductores, que sin poseer la española, ni comprender bien la francesa, han corrompido el original y afeado la primera por medio de una locución defectuosa, adulterando sus modismos propios; porque traducciones hay en que no se ha hecho otra cosa que calcar las palabras, sustituyendo la material significación de las voces españolas a las que encontraron en el original, de lo que, a más de hacer desagradable la lectura, han resultado frases ininteligibles.

El público ilustrado tuvo la bondad de apreciar mi trabajo consumiendo la primera edición; y siendo necesaria otra, me he creído obligado a corregirla, o más bien a hacerla de nuevo; pues ya había desaparecido el principal objeto de la primera. Aquella tuvo el indicado: esta solo el de presentar a los conocedores de ambas

lenguas una obra de que era sensible careciese nuestra literatura, obra eminente y así considerada en todos los países; y más sensible aún que en las traducciones anteriores se hubiesen cometido tantos y tan graves errores.

Paréceme, pues, haber demostrado el objeto y necesidad de esta publicación; mas no se crea tenga el orgullo y la vana presunción de haber traducido bien: no. Por más que nada he omitido para verificarlo, consultando todas las publicadas en inglés e italiano y el parecer de personas instruidas y conocidas por su alto concepto literario; no por ello creo haber hecho otra cosa que mejorar las anteriores, las cuales juzgo no pueden compararse en nada con el presente fruto de mis tareas.

M. A. C.

[Ilustración]

FENELÓN Y TELÉMACO.

En 6 de agosto de 1651 nació Francisco Salignac de la Mothe Fenelón en el antiguo castillo de este nombre, y a no haber existido Bossuet, hubiera sido el mayor escritor y literato del siglo XVII. Descendiente de valerosos capitanes que se habían dado a conocer por su ardimiento y lealtad en los infaustos reinados de los dos Carlos VI y VII, llegaron a ser adictos de corazón a sus sucesores a fuerza de pelear con los ingleses. Mas afortunadamente era feliz y gozaba de paz la monarquía francesa en la época del nacimiento del que debía ser llamado por excelencia arzobispo de Cambrai; época precursora de la profunda ilustración del genio francés y del renacimiento de la

bella poesía, del teatro, de la elocuencia, del púlpito y de la historia cultivados con celo, perseverancia y convicción. No era ya objeto único de los franceses pelear contra la Inglaterra, sino suavizar la lengua por tanto tiempo rebelde, y mejorada con inteligencia y estudio; obra inmensa acabada por Corneille, Pascal, Molière, Bossuet, Lafontaine y madama de Sevigné, y por los grandes maestros de la antigüedad Homero y Virgilio, Platón y Cicerón, cuya poderosa influencia no era posible dejase de obrar aun después de la época remota en que existieron.

A la corta edad de diez años ya escuchaba conmovido el tierno Fenelón los armoniosos y poéticos períodos del bello lenguaje de los escritores griegos y romanos, y con paso firme y seguro llegó a penetrar las bellezas de la Odisea y de la Ilíada, pudiendo adivinarse desde entonces llegaría a ser el continuador de Homero; pues conoció el poder de la antigüedad clásica y pasó laboriosamente por todas las pruebas de la retórica, de la filosofía y de la teología; porque en aquel siglo nada se confiaba al acaso en la instrucción de la juventud.

Quince años contaba cuando fue llevado a París por su tío el teniente general marqués de Fenelón, uno de aquellos nobles elegantes del reinado de Luis XIV, cuya vida se empleaba en estudios serios, conversaciones festivas y tolerancia religiosa, cosas desvanecidas hoy, ya por no existir aquella clase de nobles, ya porque la rápida carrera de la vida transcurre entre los diarios debates que ocasiona la desaparición de unos en la escena del mundo, y la presencia de otros en ella.

Fácil es persuadir que cuando el joven Fenelón, hermoso como un ángel, inspirado como un poeta, se vio transportado desde su

provincia al salón de su anciano tío, debió producir un entusiasmo general. Llegó, pues, a París poseído de aquel ardor que produce tan corta edad, animado de la más activa emulación por los modelos griegos y latinos que sabía de memoria, y preocupado de cuanto iba a ver y observar en un mundo nuevo para él; si bien es cierto que contra lo que ordinariamente acontece, no alucinó al joven la casa del tío, y sí deslumbró a este el genio del sobrino. Grande emulación produjo: disputábanse todos el gusto de verle, observar de cerca el fuego de sus miradas, y dar ocasión a las salidas de su precoz elocuencia; y no habrían sido tan generales la admiración y sorpresa, si de repente hubiese aparecido en París algún joven alumno del pórtico o de la academia, o algún discípulo de Platón en la más hermosa época de su esplendor literario. Así fue que ocurrió a Fenelón entre los amigos de su tío lo mismo que a Bossuet en el palacio de Rambouillet; porque el talento de ambos fue conocido por unos y otros. Guardaban silencio al escucharles y aplaudían los primeros esfuerzos de su entendimiento, tratándoles como hombres formales en aquel siglo en que tan difícil era aun a los literatos ser considerados así. Pero ni en Rambouillet, ni en los salones de Fenelón, ni en las reuniones no menos animadas que elocuentes de la señorita Lenclós, ni en los convites del anciano Scarron presididos por madama Maintenon en persona, ni en París ni en Versalles hubiera nadie consentido fuesen marchitados en la flor de su edad aquellos dos grandes talentos Bossuet y Fenelón. Hoy por el contrario hubiera sido tratada su adolescencia sin piedad ni respeto, corrompiendo su corazón o abusando de sus nobles inclinaciones; y una vez debilitado por las caricias y por la lisonja, ¡quién sabe lo que hubieran llegado a ser! Mas el siglo de Luis XIV consideraba a la juventud de otra manera

que nosotros lo hacemos, respetando aquel verso del poeta satírico que recomienda la veneración debida a la infancia.

Apenas hubo pronunciado Bossuet su primer sermón en el palacio de Rambouillet, se le dedicó sin dilación a los estudios que debían hacer de él más adelante un padre de la Iglesia; y apenas también el joven Fenelón hubo dado a conocer en los salones de París su hermosa fisonomía, su elocuencia y su saber precoz, fue encerrado por su familia en las estrechas paredes de San Sulpicio, en cuyo venerable recinto debían desaparecer los elogios mundanos; y desde entonces acabaron para aquel joven los primeros encantos de la vida, y hubo de abandonar a Platón y a Sócrates por el Evangelio. Reemplazó el antiguo Testamento a los Idilios de Teócrito y a las Églogas de Virgilio; San Juan Crisóstomo a Demóstenes, San Basilio a Cicerón, y las lamentaciones de Jeremías a Tibulo y a Horacio; y ya no más poesías profanas, epopeyas, fábulas, Sófocles, Eurípides, Teofrasto, y aquella encantadora melodía de las dos costas del mar Jonio. Alzose la austera Jerusalén sobre las ruinas de Troya, y en vano el joven Fenelón escuchaba: no oía ya a la esposa de Héctor llorando sobre el cadáver de su esposo, sino al profeta lamentándose sobre las ruinas de las ciudades castigadas por la cólera de Dios.

Demasiado duro era este tránsito para aquel joven que entraba en el seminario entusiasmado de la poesía profana; mucho más por ser entonces un establecimiento en que se practicaba toda especie de mortificaciones. Era silencioso el estudio, y comprendía a la vez todas las partes de la Religión. Fácil es conocer los efectos de tal camino en aquel joven amable, y cuán amarga debió parecer a sus labios que aún paladeaban la deliciosa miel del monte Himeto aquella copa de mortificación evangélica. Por fortuna supo sostenerse en tal

prueba, ya por convencimiento, ya por su natural inclinación a todo lo bueno, y con la maravillosa condescendencia y conformidad que nunca le abandonó, descubrió muy en breve la poesía del antiguo y del nuevo Testamento, y hubiera arreglado una epopeya homérica con la divina historia de los patriarcas, y hallado en los padres de la Iglesia griega y latina aquella misma inspiración que tantas veces le había encantado al pie de las dos tribunas de Atenas y de Roma. Así, pues, no debe causar tanta compasión en su retiro de San Sulpicio; antes bien, entregado a sí mismo hubiera llegado a ser un gran poeta; al paso que dedicado a tales estudios lo fue en efecto al principio, y después preceptor de reyes, el mayor prelado de la Iglesia, el salvador de su diócesis, y para siempre un bienaventurado.

Salió de San Sulpicio poseído de celo, caridad y elocuencia, y en su primer ardor habría deseado apoderarse del mundo para convertirle a la fe. Deseaba partir a América y hacer por sus dilatados desiertos, mucho antes que Chateaubriand, el mismo viaje que debía ejecutar este algún día como cristiano y como poeta; mas opúsose a ello su familia al verle débil y enfermo por consecuencia de las mortificaciones que había sufrido; y entonces solicitó pasar a Grecia, su verdadera patria. Parecíale ver ya a Atenas y el Pireo, Delfos y el Parnaso, cuna ilustre de las musas: creíase compañero de Praxíteles y de Fidias; y al mismo tiempo encontraba a San Pablo en Atenas y a San Juan en una de las islas del Archipiélago; porque en su bella imaginación reinaba siempre una confusión ingeniosa que admiraba apasionadamente _la Ilíada_ y _la Biblia_, no pudiendo separar jamás los grandes talentos que brillaron bajo el sol ateniense.

Poco duradera fue esta lucha; porque el señor Harlay, arzobispo a la sazón de París, mandó al poeta cediese al misionero, y fue nombrado

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com